

Disciplina poética

Memorias: Campo Baeza en el Espacio Arquia



© Fotos Cristina Gon

El influyente profesor de la Escuela de Madrid repasó su trayecto profesional y vital, desde su infancia gaditana hasta sus casas esenciales y sus edificios de geometría exigente y luz exacta.

HUJO DE un cirujano militar y una maestra, Alberto Campo Baeza nació en 1946 en el Valladolid materno, pero el traslado de su padre a Cádiz llevó a la familia a orillas del Atlántico. Allí se criaron los cuatro hijos del matrimonio, y allí estudió el bachillerato el joven Alberto, que por influencia de su madre, hija de un arquitecto que él no llegó a conocer, decidió seguir esa carrera en la Escuela de Madrid. El primer año se cursaba entonces en la Facultad de Ciencias, y en ella pudo disfrutar de las clases de eminentes profesores, lo que estimuló su propósito de llegar a ser uno de ellos. También la Escuela de Arquitectura le brindó después el ejemplo de docentes carismáticos, entre los cuales Alejandro de la Sota y Julio Cano Lasso, con quien tuvo la oportunidad de iniciar su vida profesional.

Cuando llegó el momento de redactar la tesis doctoral, imprescindible para tener un futuro en la enseñanza universitaria, Cano Lasso le remitió al catedrático Javier Carvajal, que además de dirigirla incorporó a

Campo Baeza a su grupo de profesores de proyectos, donde la intensidad vocacional de su docencia le llevaría en 1986 a sucederle en la cátedra. En ese marco escolar había organizado un ciclo de conferencias de grandes arquitectos internacionales, y el diseñador de los carteles, Roberto Turégano, sería también el cliente de su primera obra significativa, una casa en Pozuelo de Alarcón que se terminaría en 1988, y que junto con la casa Gaspar en Vejer de la Frontera, culminada en 1992, pondría las bases de su extensa trayectoria como arquitecto residencial, y también los fundamentos de su depurado y exigente lenguaje formal, que combina la claridad geométrica y el laconismo cromático con la radicalidad abstracta de la imagen.

Ese mismo *annus mirabilis* de la democracia española, tuvo el acierto y la fortuna de ganar el concurso para la sede de Caja Granada, un cubo ciclópeo cuyo monumental interior traslada al hormigón las dimensiones pétreas de la catedral de la ciudad,

La serie de casas que se inició con la del diseñador Roberto Turégano dio paso a encargos de mayor escala como la sede de Caja Granada, una obra monumental que quiso conocer el historiador y crítico Kenneth Frampton.

Alberto Campo hizo compatible el trabajo profesional con las clases en la ETSAM, donde organizó conferencias con figuras como Peter Eisenman en el marco de la cátedra de Javier Carvajal, a quien sucedería.



zación en terrazas del conjunto. Algunas de estas casas merecieron un nombre singular, y así la Casa del Infinito, un plano horizontal frente al océano en el litoral gaditano, construida para una arquitecta belga en la llamada playa de los Alemanes, o la Domus Aurea en Monterrey, desde cuya azotea se enmarcan las vistas de la Sierra Madre mexicana.

Y de igual manera continuó su actividad docente, en la escuela madrileña hasta su jubilación en 2016, y también en la Academia de Bellas Artes de San Fernando tras su elección como miembro de número en 2014, compromisos a los que deben añadirse sus cursos en diversas universidades estadounidenses y europeas, o su prolongada estancia en Nueva York como *visiting scholar* en la Universidad de Columbia. En las proximidades de la metrópoli americana tuvo ocasión de levantar una casa y un pabellón para el mismo cliente, Robert Olnick, e igualmente fuera de España construir dos recintos escolares, una guardería para Benetton en Treviso y un centro para

niños y familiares en Armenia desde el cual se divisa el monte Ararat, que la tradición asocia a la bíblica arca de Noé.

Como devoto creyente, no puede sorprender que, más aún que obras importantes como el pabellón polideportivo de la Universidad Francisco de Vitoria o la biblioteca para el Liceo Francés de Madrid, Campo Baeza valore proyectos mínimos como el sugerente mausoleo Il Cielo in Terra en Venecia o el etéreo retablo en la basílica de la Milagrosa de los padres paúles en Madrid. El conjunto de su trabajo está imbuido por la atención a la gravedad, la geometría y la luz, así como por la voluntad de reconciliar la disciplina de la arquitectura con la inspiración poética, y acaso por ello sea apropiado despedirlo con una plataforma frente al Atlántico a la que llamó ‘Entre catedrales’, en la misma Cádiz donde transcurrió su infancia, y que le ha hecho hijo adoptivo para celebrar una vida entregada a la palabra pedagógica y a la mirada lírica.

Luis Fernández-Galiano

